

Jesús solamente



HORATIUS BONAR (1808-1889)

Jesús solamente

Contenidos

1. No hay satisfacción en uno mismo4
2. Satisfacción en Cristo solamente11
3. No la Ley, sino el Evangelio18

© Copyright 2024 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *Jesus Only*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: www.chapellibrary.org.

Jesús solamente

«Mas al que no obra, sino cree».

— Romanos 4:5

Parece que hay muchos en nuestros días que buscan a Dios. Sin embargo, parecen estar tanteándolo para encontrarlo, como si fuera un Dios distante o desconocido. Olvidan que Él «no está lejos de cada uno de nosotros» (Hechos 17:27), porque «en él vivimos, y nos movemos, y somos» (v. 28).

Que Él no está lejos; que Él ha descendido; que Él se ha acercado: este es el «principio del evangelio» (Marcos 1:1). Deja a un lado los vanos pensamientos de aquellos que piensan que deben acercarlo por medio de sus oraciones y devotas acciones. Él se nos ha mostrado para que lo conozcamos y, al conocerlo, encontremos la vida de nuestras almas.

Algunos han tratado de dar instrucciones a los pecadores sobre «cómo convertirse», multiplicando palabras sin sabiduría, alejando al pecador de la cruz al ponerlo a *hacer*, no a *creer*. Nuestra tarea no es dar tales instrucciones, sino, como lo hicieron los apóstoles, predicar a Cristo crucificado, un Salvador presente y una salvación presente. Entonces es cuando los pecadores se convierten, como dijo el Señor mismo: «Y yo, si fuere levantado... a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12:32).

1. No hay satisfacción en uno mismo

Usted dice: «No estoy satisfecho con los motivos que me han llevado a buscar a Cristo; son egoístas». Eso es muy probable. Los sentimientos de un pecador recién despertado no son desinteresados, ni pueden serlo.

Usted ha ido en busca de la salvación por una sensación de peligro, o temor a la ira venidera, o un deseo de obtener la herencia de la gloria. Estos son algunos de los motivos que lo mueven. ¿Cómo podría ser de otra manera? Dios lo creó con estos temores y esperanzas, y apela a ellos en Su Palabra. Cuando dice: «Volveos, volveos... ¿por qué moriréis?» (Ezequiel 33:11), apela a sus temores. Cuando Él pone ante usted la vida eterna y los gozos de un reino sin fin, apela a sus esperanzas. Y cuando Él presenta estos motivos, espera que usted se sienta movido por ellos. Actuar según tales motivos no puede ser, entonces, incorrecto. De hecho, no actuar según ellos equivaldría a endurecerse ante los llamados más solemnes de Dios.

«Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres» (2 Corintios 5:11), dice Pablo. No puede ser malo dejarse influenciar por este temor. «Y los demás se aterrorizaron, y dieron gloria al Dios del cielo» (Apocalipsis 11:13). Esto ciertamente no fue malo. Toda la Biblia está llena de motivos de este tipo, dirigidos a nuestras esperanzas y temores.

¿Cuándo fue de otra manera? Entre los millones que han encontrado vida en Cristo, ¿quién comenzó

de otra manera, o comenzó con un motivo puramente desinteresado? ¿No fue así como comenzó el carcelero de Filipos cuando el terremoto sacudió su alma y evocó ante su conciencia el dolor eterno? ¿No fue una sensación de peligro y un temor a la ira lo que lo hizo preguntar: «¿Qué debo hacer para ser salvo?» (Hechos 16:30). ¿Y lo reprendió el apóstol por esto? ¿Se negó a responder a su ansiosa pregunta porque su motivo era tan egoísta? No. Él respondió de inmediato: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo» (v. 31).

No hay nada malo en estos motivos. Cuando me duele el cuerpo, no es malo desear alivio. Cuando me sobreviene la enfermedad, no es malo mandar a buscar un médico. Puedes llamar a esto egoísmo, pero es un egoísmo correcto y lícito, que Aquel que nos hizo lo que somos y que nos dio nuestros instintos, espera que pongamos en práctica; y al hacerlo podemos contar con Su bendición, no con Su reprensión. No es malo temer al infierno, desear el cielo, huir de los tormentos, anhelar la bienaventuranza, evitar la condenación y desear el perdón. No es malo amar a Dios por lo que Él ha hecho por nosotros. No hacerlo sería la mismísima bajeza de la ingratitud. Amar a Dios puramente por lo que Él es, es considerado por algunos como el tipo más elevado de amor, en el que no entra ningún elemento del yo. No es así. Porque en ese caso, estás impulsado por el placer de amar; y este placer de amar a un Ser infinitamente amable y glorioso necesariamente introduce al yo. Además, decir que debemos amar a Dios únicamente por lo que Él es, y no por lo que Él ha hecho, es hacer de la

ingratitude un elemento esencial del amor puro. El amor de David se manifestó en no olvidar los beneficios de Dios (Salmos 103:2). Pero este supuesto «amor puro» se eleva más allá del de David, y considera un deber ser desagradecido, no sea que por casualidad algún elemento egoísta se mezcle con su pureza sobrehumana y superangélica. No permitas entonces que Satanás te engañe con esos pensamientos necios, cuya tendencia es apagar todo deseo serio con el pretexto de que no es desinteresado¹ y perfecto.

Tú crees que si buscaras la salvación por la gloria de Dios, estarías satisfecho. Pero, ¿qué significa eso, sino que desde el principio, incluso antes de que hayas venido a Cristo, debes ser impulsado por el más alto de todos los motivos? El que ha aprendido a buscar la gloria de Dios es alguien que ya ha venido a Cristo; y el que ha aprendido a hacer esto completamente no es pecador en absoluto, y por lo tanto, no necesita a Cristo. Buscar la gloria de Dios es un alto logro de la fe; sin embargo, quieres ser consciente de poseerlo antes de tener fe; ¡es más, para poder obtenerla! ¿Es posible que te estés engañando a ti mismo con la idea de que si pudieras obtener esta calificación, podrías esperar confiadamente que Dios te dé fe? Esto sería sustituir tu propio celo por Su gloria en lugar de la cruz de Cristo.

No sigas alejado de Cristo bajo la idea de que debes venir a Él en un estado de ánimo desinteresado y con un motivo altruista. Si tuvieras razón en esto,

¹ **Desinteresado:** no influenciado ni dictado por ventajas privadas.

¿quién podría ser salvo? Debes venir como eres, con todos tus malos motivos, cualesquiera que sean. Toma todos tus malos motivos, añádelos al número de tus pecados y tráelos al altar donde está el gran Sacrificio. Ve al Trono de gracia. Dile al Sumo Sacerdote allí, no lo que deseas ser, no lo que debes ser, sino lo que eres. Dile la franca verdad en cuanto a tu condición en este momento. Confiesa la impureza de tus motivos, todo el mal que sientes o que no sientes, tu dureza de corazón, tu ceguera, tu incapacidad para aprender. Confiesa todo sin reservas. Él quiere que vengas a Él exactamente como eres, y que no albergues el vano pensamiento de que con un poco de espera, obrar u oración, puedes hacerte apto, o persuadirlo para que te haga apto. «Cuán razonable», escribe uno, «que simplemente hagamos ese pequeño acto que Dios requiere de nosotros: ir y decirle la verdad. Yo solía ir y decir: Señor, soy un pecador, ten misericordia de mí; pero como no sentía todo esto, comencé a ver que estaba tomando una mentira en mis manos, tratando de persuadir al Todopoderoso de que sentía cosas que no sentía. Estas oraciones y confesiones no me trajeron consuelo, ninguna respuesta; así que al final cambié mi tono y comencé a decir la verdad: Señor, no me siento un pecador; no siento que necesito misericordia. Ahora, todo estaba bien; la recepción más dulce, los ánimos más amorosos, las respuestas más refrescantes trajo del cielo esta confesión de la verdad. No obtuve nada al declararme pecador, porque no lo sentía; pero obtuve todo al confesar que no me veía como tal».

«Pero no estoy satisfecho con mi fe», dices. No, de verdad. Ni es probable que lo estés nunca. Al menos espero que no. Si esperas esto antes de tener paz, esperarás hasta que la vida termine. Parecería que quieres creer en tu propia fe para obtener descanso para tu alma. La Biblia no dice: «Estando satisfechos con nuestra fe, tenemos paz con Dios», sino, «Estando *justificados* por la fe, tenemos paz con Dios» (Romanos 5:1); y entre estas dos cosas hay una gran diferencia.

Satisfacción con Jesús y Su obra, no satisfacción con tu propia fe, es lo que Dios espera de ti. «Estoy satisfecho con Cristo», dices. ¿Lo estás? Entonces eres un hombre creyente; ¿y qué más deseas? ¿No es suficiente la satisfacción con Cristo para ti o para cualquier pecador? ¿Y no es esta la clase más verdadera de fe? Estar satisfecho con Cristo es tener fe en Cristo. Estar satisfecho con Su sangre es tener fe en Su sangre. No te confundas ni permitas que otros te confundan. Ten la seguridad de que la esencia misma de la fe es estar satisfecho con Cristo y Su obra de expiación de pecados. No hagas más preguntas acerca de la fe, sino sigue tu camino regocijándote, como alguien para quien Cristo es todo.

Recuerda las palabras del Bautista: «Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe» (Juan 3:30). El yo, en todas sus formas, debe menguar, y Cristo debe crecer. Estar satisfecho con tu fe daría la impresión de que estás insatisfecho con Cristo. El principio, el medio y el fin de tu camino deben ser la insatisfacción contigo mismo y la satisfacción con

Cristo. Conténtate con estar satisfecho con el glorioso objeto de la fe, y deja que la fe misma sea olvidada. La fe, por perfecta que sea, no tiene nada que darte. Te señala a Jesús. Te pide que apartes la mirada de ella y la pongas en Él. Dice: «Cristo es todo» (Colosenses 3:11). Te pide que mires a Aquel que dice: «Mirad a mí» (Isaías 45:22); Quien dice: «No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 1:17-18).

Si se te exigiera que creyeras en tu propia fe, que comprobaras su calidad y que sepas que has nacido de nuevo, antes de que se te garantizara confiar en Jesús o tener paz, ciertamente tendrías que estar satisfecho con tu propia fe. Pero no se te exige que hagas valer ninguna afirmación personal, salvo que eres un pecador. No que te sientas uno (eso abriría una interminable investigación metafísica sobre tus propios sentimientos), sino simplemente que eres uno. Esto lo sabes por la autoridad de Dios y lo aprendes de Su Palabra; y en base a esto actúas, ya sea que sientas tu pecaminosidad o no. El evangelio no necesita que averigüemos nada acerca de nosotros, salvo lo que está escrito en la Biblia y lo que es común a todos los hijos de Adán: que necesitamos un Salvador. Es sobre esta necesidad que actúa la fe; es esta necesidad que la fe presenta ante el Trono de gracia. La pregunta, entonces, no es: «¿Estoy satisfecho con mi fe?» sino, «¿Soy un pecador necesitado?», y, «¿Estoy satisfecho de que en Cristo está todo lo que necesito?».

Tú dices: «No estoy satisfecho con mi amor». ¿Qué? ¿Esperabas estarlo? ¿Es tu amor por Cristo, o Su amor por ti, lo que te trae paz? El amor gratuito de Dios por los pecadores, como tales, es nuestro lugar de descanso. Hay dos clases de amor en Dios: Su amor de compasión por el pecador incrédulo, y Su amor de deleite y complacencia por Sus hijos creyentes. El amor de un padre por un hijo pródigo² es tan sincero como su amor por su hijo obediente y amoroso en casa, aunque sea de un tipo diferente. Dios no puede amarte *como un creyente* hasta que seas uno. Pero Él te ama como un pobre pecador. Y es este amor de Él por el que no ama y no es digno de ser amado lo que le proporciona al pecador su primer lugar de descanso. Este amor gratuito de Dios lo atrae y lo satisface. «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros» (1 Juan 4:10). «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero» (1 Juan 4:19). «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito» (Juan 3:16).

«No estoy satisfecho con mi arrepentimiento», dices. Está bien. ¿Qué habrías pensado de ti mismo si lo hubieras estado? ¿Qué orgullo y justicia propia indicaría si dijeras: «Estoy satisfecho con mi arrepentimiento; es de la calidad y cantidad adecuadas»? Si estuvieras satisfecho con él, ¿qué harías con él? ¿Basarías tu paz en él? ¿Tranquilizarías tu conciencia con él? ¿Irías con él, en lugar de la sangre, a un Dios santo? Si no, ¿qué quieres decir con el deseo de

² **Pródigo:** extremadamente o imprudentemente derrochador.

estar satisfecho con el arrepentimiento antes de tener paz con Dios?

En resumen, no estás satisfecho con ninguno de tus sentimientos religiosos, y es bueno que no lo estés; porque, si lo estuvieras, debes tener una idea muy elevada de ti mismo, y una idea muy baja de lo que tanto la Ley como el evangelio esperan de ti. Sin duda, tienes razón en no estar satisfecho con el estado de tus sentimientos, pero ¿qué tiene esto que ver con el gran deber de creer inmediatamente en el Hijo de Dios? Si el evangelio no es nada para ti hasta que hayas arreglado tus sentimientos, no es evangelio para el pecador en absoluto. Pero esta es su especial cualidad y gloria, que te lleva al mismo punto en el que te encuentras en este momento, y te trae buenas nuevas a pesar de que tus sentimientos estén completamente equivocados.

2. Satisfacción en Cristo solamente

Todas estas dificultades tuyas tienen su raíz en la autoestima de nuestra naturaleza, que nos hace negarnos a ser considerados pecadores por completo y nos rehúsa a ir a Dios, salvo con alguna recomendación personal que haga probable la aceptación. La absoluta falta de bondad es lo que somos lentos en reconocer. Abandone estos intentos de estar satisfecho con usted mismo en cualquier cosa grande o pequeña, fe, sentimiento o acción. La obra del Espíritu Santo al convencerlo de pecado es hacer que se sienta insatisfecho con usted mismo; ¿y seguirá un curso de acción que solo puede alejarlo en tristeza?

Dios nunca puede estar satisfecho con usted a causa de cualquier bondad en usted; y ¿por qué debería intentar estar satisfecho con algo que no lo satisfaga a Él?

Solo hay una cosa con la que Él está completamente satisfecho: la Persona y la obra de Su Hijo unigénito. Es con Él con quien Él quiere que usted esté satisfecho, no con usted mismo. ¿Cuánto mejor sería tomar el camino de Dios de inmediato y estar satisfecho con Cristo? Entonces el perdón y la paz se darían sin demora. Entonces el favor de Dios descansaría sobre ti. Porque Dios ha declarado que quien esté satisfecho con Cristo hallará favor ante Él. Su deseo es que llegues a ser uno con Él en este gran asunto. No te pide nada más que esto. Pero no se contentará con nada más que esto, ni te recibirá en ninguna otra condición, excepto la de alguien que ha llegado a estar satisfecho con Cristo y con lo que Cristo ha hecho.

Seguramente todo esto es bastante simple. ¿No se ajusta exactamente a tu caso? La satisfacción contigo mismo, incluso si la pudieras obtener, no haría nada por ti. La satisfacción con Cristo lo haría todo, porque Cristo es todo. «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3:17). Compláctete con Aquel en quien el Padre está complacido, y todo está bien.

Sospecho que algunas de esas dificultades tuyas surgen de la idea secreta de que el evangelio es solo una especie de *ley modificada*, la cual por guardar, eres salvo. Sabes que la antigua Ley está muy por encima de tu alcance, y que te condena, pero no te

puede salvar. Pero piensas, tal vez, que Cristo vino para hacer la Ley más fácil, para rebajar sus exigencias, para hacerla (como dicen algunos) una ley evangélica, con términos más suaves, adecuada a la debilidad del pecador. Pensándolo un momento, te darás cuenta de que esto es una blasfemia. Porque significa que la Ley anterior era demasiado estricta; es decir, no era «santa, justa y buena» (Romanos 7:12). Niega también las palabras de Cristo, de que Él no vino «a abrogar, sino para cumplir» la ley (Mateo 5:17). Dios tiene solo una Ley, y es perfecta; su sustancia es el amor a Dios y al hombre. Una ley más suave debe significar una imperfecta, una ley que hace innecesaria la única Ley de Dios, una ley que da tolerancia al pecado. ¿La obediencia a una ley imperfecta salvará a un quebrantador de la Ley perfecta? Pero la fe no invalida la Ley; la confirma (Romanos 3:31).

Es por una Ley perfecta que somos salvos; de lo contrario, sería una salvación impía. Es por una Ley perfecta, cumplida en cada jota y tilde que somos salvos; de lo contrario, sería una salvación injusta. El Hijo de Dios ha guardado la Ley por nosotros; Él la ha magnificado y la ha hecho honorable; y así tenemos una salvación santa y justa. Aunque por encima de la Ley en Sí mismo, Él fue hecho «bajo la ley» (Gal 4:4) por nosotros; y por la observancia vicaria de la Ley de Su vida inmaculada, así como por la resistencia hasta la muerte de las terribles penalidades de esa Ley, somos redimidos de la maldición de la Ley.

«El fin [el cumplimiento y realización] de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree» (Romanos 10:4). Porque Cristo no es un ayudador, sino un Salvador. Él no ha venido para capacitarnos para salvarnos a nosotros mismos guardando una ley mitigada, sino para guardar la Ley absoluta en nuestro lugar, para que la Ley no tenga derecho a exigir penalidad a ningún pecador que solo consienta en estar en deuda con la vida y muerte del Fiador divino que guarda la Ley y la magnifica.

Otras dificultades surgen de confundir la obra del Espíritu *en nosotros* con la de Cristo *por nosotros*. Estas deben mantenerse separadas, porque la mezcla de ellas trastorna a ambas. Tenga cuidado de no pasarlas por alto o mantenerlas a distancia una de la otra. Aunque son distintas, van de la mano, inseparablemente unidas, pero cada una tiene su propio lugar y oficio. Tu medicina y tu médico no son lo mismo, pero van juntos. Cristo es tu Medicina; El Espíritu es tu Médico. No tomes las dos obras como si fueran una sola obra compuesta, ni construyas tu paz sobre algún evangelio místico compuesto por una mezcla de las dos. Percátate de ambos, lo exterior y lo interior, lo objetivo y lo subjetivo: Cristo por nosotros, el Espíritu Santo en nosotros.

Como al principio, así también al final, se debe observar esta distinción, no sea que, habiendo encontrado paz en la fe, la pierdas por no mantener firme hasta el fin el principio de tu confianza. «Cuando empiezo a dudar», escribe alguien, «acallo mis dudas volviendo al lugar donde las apacigué por primera vez. Voy y obtengo la paz de nuevo donde la

obtuve al principio. No me siento tristemente a meditar sobre mi propia fe o incredulidad, sino sobre la obra terminada de Emanuel. No trato de hacer un recuento de mis experiencias, para demostrar que una vez fui creyente, sino que creo de nuevo como lo hacía antes. No examino la evidencia de la obra del Espíritu en mí, sino que pienso en las evidencias seguras que tengo de la obra de Cristo por mí en Su muerte, sepultura y resurrección. Esta es la restauración de mi paz. Había comenzado a mirar otros objetos; ahora soy llamado de mis andanzas para mirar a Jesús solamente». La verdadera fe es lo que podríamos llamar incolora, como el aire o el agua. No es más que el medio a través del cual el alma ve a Cristo; y el alma se apoya en ella y la contempla tan poco como el ojo puede ver el aire. Cuando los hombres, entonces, se empeñan en sostenerla, por así decirlo, en sus manos, curiosamente inspeccionando, analizando, y así teniéndola por objetivo, se ven obligados a colorearla y espesarla, para que pueda ser vista y tocada. Es decir, la sustituyen por algo u otro, un sentimiento, una noción, una sensación, una convicción, un acto de razón, sobre el cual puedan aferrarse y rendirse. Apuntan más bien a las experiencias dentro de ellos que a Aquel que está fuera de ellos. Ahora bien, los hombres que son influenciados por noticias, buenas o malas, o por visiones hermosas o temibles, admiran, se regocijan, lloran o se duelen, pero son movidos espontáneamente, no con una conciencia directa de su emoción. Lo mismo sucede con la fe y otras gracias cristianas. Los

pasajeros ven nuestras mentes, pero nuestras mentes, si están sanas, solo ven los objetos que las poseen.

Algunas de tus dificultades parecen surgir de mezclar lo natural con lo sobrenatural. Ahora bien, lo maravilloso de la conversión es que, si bien todo es sobrenatural (siendo obra del Espíritu Santo), todo también es natural. Tal vez estés esperando algún descenso milagroso de poder y resplandor celestiales en tu alma, algo aparte de la verdad divina y de la obra de los poderes mentales del hombre. Has estado esperando que la fe descienda como un ángel del cielo en tu alma, y que la esperanza sea encendiese, como una nueva estrella en tu firmamento. No es así.

La obra del Espíritu está más allá de la naturaleza, pero no es contraria a la naturaleza. Él no desplaza ninguna facultad; Él no perturba ningún proceso mental. Él no violenta ninguna parte de nuestro marco moral. Él no crea ningún nuevo órgano de pensamiento o sentimiento. Su oficio es «poner todo en orden» dentro de ti, para que nunca te sientas tan tranquilo, tan verdadero, tan real, tan perfectamente natural, tan tú mismo, como cuando Él ha tomado posesión de ti en cada parte, y ha llenado todo tu ser con Su gozo celestial. Nunca te sientes tan perfectamente libre, menos restringido y menos mecánico, en todas tus facultades, como cuando Él ha llevado «cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Corintios 10:5). La vida celestial impartida es libertad y paz; es la eliminación de la es-

clavitud, la oscuridad y el dolor. Lejos de ser una restricción mecánica, es la eliminación de la cadena de hierro con la que la culpa nos había atado. Actúa como un ejército de liberación para un país oprimido, como el cálido aliento de la primavera para el árbol atado por las heladas. Porque la entrada de la vida verdadera, o la verdad viviente, en el alma del hombre debe ser libertad, no esclavitud. «La verdad os hará libres» (Juan 8:32).

Otras dificultades surgen de ideas confusas en cuanto al *orden* apropiado de la verdad. La verdad mal ubicada es a veces más dañina que el error propiamente. En nuestras declaraciones de doctrina, debemos tener en cuenta el orden de las cosas de Dios, así como de las cosas en sí. Si quisieras resolver la cuestión más sencilla de aritmética, las cifras no solo deben ser las adecuadas, sino que deben estar colocadas en el orden apropiado. Lo mismo sucede con las doctrinas de la Palabra de Dios. Algunos parecen arrojarlas por todos lados en parejas desordenadas, o en manojos confusos, como si al oyente o al lector le importara poco qué orden sea conservado, siempre que solo se anuncien claramente ciertas verdades. Muchos problemas para la persona ansiosa han surgido de esta temeraria confusión.

Un evangelio en el que se coloca la elección en primer lugar no es el evangelio de los apóstoles; aunque ciertamente un evangelio en el que se niega la elección es aún menos el evangelio apostólico. El verdadero evangelio no es que Cristo murió por los elegidos, ni que murió por todo el mundo; porque la excelencia del evangelio no radica en su anuncio de

la cantidad de personas que serán salvadas, sino en su proclamación de la gran propiciación misma.

Algunos que se supone que se aferran a «la forma de las sanas palabras» (2 Timoteo 1:13) nos presentan una mera dislocación del evangelio; las diferentes verdades están tan revoltijadas que, aunque todas estén allí, no producen ningún resultado. Se neutralizan entre sí de tal manera que impiden que el pecador extraiga de ellas las buenas nuevas que, cuando se colocan correctamente, con toda seguridad contienen. Si los versículos de la Epístola a los Romanos se transpusieran o se mezclaran, ¿sería la Epístola a los Romanos, aunque cada palabra estuviera allí? Así que, si al enseñar el evangelio, no comenzamos por el principio, si, por ejemplo, le decimos al pecador lo que tiene que hacer, antes de decirle lo que Dios ha hecho; si le decimos que examine su propio corazón antes de decirle que estudie la cruz de Cristo, eliminamos toda la alegría de las buenas nuevas y predicamos un «evangelio diferente» (Gálatas 1:6).

3. No la Ley, sino el Evangelio

¿No estudiamos también nosotros a menudo la Biblia como si fuera un libro de la ley y no la revelación de la gracia? Ponemos una nube sobre ella y la leemos como un volumen escrito por un maestro duro. De este modo, se imparte un tono áspero a sus palabras, y el elemento *legal* oscurece el *evangélico*. Somos lentos para leerla como una revelación del amor

del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, como el libro de la gracia, escrito especialmente para nosotros por el Espíritu de gracia. Sin duda, la Ley está en ella, pero la Biblia no es Ley, sino Evangelio. Así como el Monte Sinaí asoma su cabeza, una masa aislada de duro granito rojo, en medio de mil montañas desérticas de material más blando y menos duro, así también la Ley se encuentra en la Biblia, como una parte necesaria de ella, pero no como su característica; «añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente» (Gálatas 3:19). Sin embargo, ¿no han oscurecido nuestros corazones suspicaces este Libro de luz? ¿No lo leemos a menudo como la proclamación de un mandato *a hacer*, en lugar de una declaración de lo que el amor de Dios *ha hecho*?

Al acudir a Dios en primer lugar, ¿se supone que debes dar por sentado Su disposición o Su indisposición para bendecir? La mayoría parece hacer esto último. Incluso se defienden diciendo que si supieran que están convertidos, darían por sentada Su disposición, pero al no estar seguros de esto, ¿no se atreven a hacerlo! ¡Como si el evangelio no fuera la revelación de Su disposición de recibir a los pecadores como tales!

¡Qué extraño! Creemos en la voluntad de Satanás de tentar y herir, ¡pero no en la voluntad de Dios de liberar y salvar! Nos rendimos a nuestro gran enemigo cuando nos seduce para que pequemos y nos aleja de Cristo y del cielo; ¡pero no nos rendimos a nuestro Amigo más verdadero cuando nos atrae con las ataduras del amor! No le daremos crédito a

Dios por hablar con verdad cuando habla con tierna misericordia y expresa sobre el pecador los anhelos de Su insondable compasión. Escuchamos como si Sus Palabras fueran huecas; como si Él no dijera en serio lo que dice; como si Sus mensajes de gracia, en lugar de ser los más sinceros que alguna vez hayan llegado a oídos humanos, fueran meras palabras pronunciadas por rutina.

No hay nada en toda la Biblia para repeler al pecador, y sin embargo, ¡el pecador no viene! Hay todo para atraer y ganar; sin embargo, ¡el pecador se mantiene alejado! Cristo recibe a los pecadores; sin embargo, ¡el pecador se aleja! Él los anhela, llora por ellos, como por Jerusalén; sin embargo, ¡el pecador es inmovible! La compasión celestial es inútil; la infinita paciencia no toca el corazón de piedra, y las lágrimas divinas son arrojadas. El Hijo de Dios extiende Sus manos todo el día, pero las manos extendidas son ignoradas. Todo, todo parece en vano para detener al descuidado y recuperar al vagabundo.

¡Oh! ¡Cuánto amor divino se ha derramado sobre este triste mundo, cuánto se ha derramado sobre los necesitados hijos de los hombres! A veces casi dudamos de que sea verdad o posible que Dios haya derramado tanto amor sobre un mundo así. Pero la cruz es el precioso monumento de ese amor, y esta frase permanece inmutable: «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito» (Juan 3:16). A veces también decimos: ¿de qué sirve desperdiciar ese amor? ¿No es acaso la sinceridad de Dios desproporcionada con la pequeñez de su objeto,

el hombre? Así sería si esta vida fuera todo; si no hubiera eternidad, ni cielo, ni infierno, ni alegría sin fin, ni dolor eterno. Pero con un destino como el del hombre, con una eternidad como la que le espera, ¿puede alguna cantidad de sinceridad ser demasiado grande? ¿Puede el amor o la compasión exceder sus límites? ¿Puede ser exagerada la alegría o el dolor por un pecador salvado o perdido?

Aquel cuya mente infinita sabe lo que es el cielo, sabe lo que supondrá su pérdida para un ser inmortal. ¿Puede Él ser demasiado sincero acerca de su ganancia? Aquel cuya previsión de alcance total sabe lo que es el infierno, con toda su angustia interminable, ve a lo lejos y sondea los horrores del alma perdida, su llanto, gemidos y crujir de dientes por siempre y para siempre; su horrible sentido de condenación y dolor absoluto; su remordimiento punzante, su arrepentimiento demasiado tardío, sus suspiros desesperados, sus amargos recuerdos de las horas soleadas de la tierra, ¡con todas las mil tristezas que forman la suma total de una eternidad perdida! ¿Puede Él entonces tener demasiada compasión? ¿Puede Él anhelar con demasiada ternura a las almas que están locamente empeñadas en arrojar a una condenación como esta? ¿Puede Él usar palabras demasiado fuertes o demasiado afectuosas, al advertirles contra tal oscuridad, tal demonio y tal infierno; al suplicarles que se aseguren de un cielo como el Suyo?

En las mentes de algunos, prevalece la idea de que el pecado apaga la compasión por el pecador en el corazón de Dios. No es así. Que así será en el futuro, y que Dios dejará de tener compasión por los

perdidos, es una terrible verdad. La eternidad del alma perdida será una eternidad de dolor sin compasión. Pero, mientras tanto, el odio de Dios por el pecado no es odio por el pecador. Más bien, la magnitud de su pecado parece más bien profundizar en lugar de disminuir la compasión divina. Al menos podemos decir que la creciente miseria que implica el aumento del pecado llama a una nueva intensidad la compasión paternal del «Dios de los espíritus de toda carne» (Números 16:22). Le duele en Su corazón (Génesis 6:6). Cuanto más se aleja el hijo pródigo hacia el país lejano, más se extienden los anhelos del corazón del Padre en pos de él, en sincera compasión por el miserable vagabundo, en su hambre, desnudez, degradación y dolor sin esperanza.

No, el pecado no apaga el amor compasivo de Dios. Las palabras más amables que se hayan dicho a Israel fueron en el momento más alto de su apostasía. La invitación más amable que el Señor haya pronunciado fue a Capernaúm, Betsaida y Corazín: «Venid a mí» (Mateo 11:28). El mensaje más amoroso que se haya enviado a una Iglesia fue el que se dirigió a Laodicea, la peor de las siete: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo» (Apocalipsis 3:20). Fue Jerusalén, en su extremo estado de culpa e incredulidad, la que hizo brotar las lágrimas del Hijo de Dios. No, el pecado no apaga el amor de Dios por el pecador. Las muchas aguas no pueden apagarlo, ni los ríos pueden ahogarlo. De principio a fin, Dios persigue al pecador mientras este huye de Él; no lo persigue con odio sino con amor; no lo persigue para destruir, sino para salvar.

Dios no es hombre para que mienta. Él dice en serio lo que dice cuando habla con compasión, tan verdaderamente como cuando habla con ira. Sus palabras no son, como las del hombre, expresiones al azar o expresiones de sentimientos vagos o representaciones muy elaboradas de sentimientos. Sus palabras son todas verdaderas y reales. No se puede exagerar el sentimiento genuino que contienen; y entenderlas como figurativas no solo es convertirlas en irrealidades, sino tratarlas como falsedades. Que los pecadores tomen las palabras de Dios *como lo son*: las expresiones genuinas de la mente de ese Ser infinitamente veraz, que no usa nada más que las palabras de «verdad y cordura» (Hechos 26:25).

Él es soberano; pero esa soberanía no está en guerra con la gracia, ni conduce a la insinceridad en el habla, como algunos parecen pensar. Sea que podamos reconciliar la soberanía con la compasión, no importa. Creamos ambas, porque ambas son reveladas. No recurramos tampoco a una explicación de las palabras de compasión que implicaría que no fueron dichas con sinceridad, y que si un pecador las tomara muy literalmente y de manera muy simple, estaría muy decepcionado, al considerar que al final eran exageraciones engañosas, si no aire vacío.

Cuando Cristo estuvo en la tierra, recibió, bendijo y sanó a todos los que vinieron a Él. La soberanía divina no obstaculizó el amor divino, ni el amor interfirió con la soberanía. Cada uno tenía su propio lugar. No había conflicto entre ellos. Cristo habló con verdad cuando dijo: «Ninguno puede venir a mí, si el Padre... no le trajere» (Juan 6:44); y habló con

la misma verdad cuando dijo: «Al que a mí viene, no le echo fuera» (v. 37).

Aprendamos a tratar a Dios no solo como el más santo, sino como el más veraz de todos los seres. Que el pecador negligente escuche sus advertencias veraces y tiemble, porque todas ellas se cumplirán. Que el pecador ansioso escuche Sus palabras veraces de gracia y esté en paz. Necesitamos que se nos diga esto. Porque en la mente de muchos hay un sentimiento de triste sospecha en cuanto a la sinceridad de las declaraciones divinas, y una tendencia a evadir su significado honesto, y esto incluso entre aquellos que no parecen en absoluto conscientes de tal desconfianza. Hagamos justicia a la veracidad de Dios.

«Dios es amor» (1 Juan 4:16). Sí, *Dios es amor*. ¿Puede un Dios así ser sospechoso de insinceridad en las declaraciones de Su paciencia, en Sus palabras de anhelante compasión hacia los hombres más rebeldes e impenitentes? Que hay tal cosa como la justicia; que hay un lugar como el infierno; que hay seres como ángeles perdidos y hombres perdidos, sabemos que son certezas terribles. Pero por terribles y verdaderas que sean estas cosas, no pueden poner en la más mínima duda la sinceridad del gran juramento que Dios ha hecho ante el cielo y la tierra, de que Él no quiere «la muerte del impío» (Ezequiel 33:11), ni embotar en lo más mínimo el solemne filo de su misericordiosa súplica: «*Volveos, volveos... ¿por qué moriréis?*».

